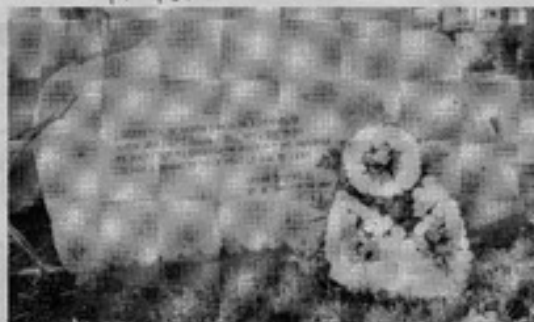




Oscar Castro, el poeta enamorado de su tierra

*"Yo soy el hombre que saluda al árbol,
y a la leche y al sol que lo amamantan
y va rociando por el surco abierto
el dorado maíz de la palabra".*

(O. CASTRO, INVITACIÓN AL VALLE EN QUE VIVO)

La mayoría de los hombres de letras de nuestra patria no pueden sustraerse a los encantos del paisaje de esta "terti" provincia y señalada "que los vio nacer y recontar la larga y angosta saga de tierra, fauna, especie o como quiera que se ha dado en llamar a Chile. Gabriela Mistral tuvo versos y "recados" para el estirpe, el llano, la chancha, el quillay y el mundo de aquí y de allá, cantó "Danzamos en tierra chilena". ¿A quién no le sobresale y estremeca la narrativa de Colón, intrépido y profundo conocedor de nuestro Chile austral? Poco leido, Mariano Latorre, armador, equitativo, clásico, nos trae en su estirpe de este "país de ríos y ríos". Y al repasar las páginas de "Aisino", qué fotografías nos resultan las poéticas descripciones de Eduardo Barrios. No hablamos de Neruda. En prosa y en verso, este hombre hedonista - en el buen sentido de la palabra - nos dice cuán adentro se le había metido este Chile. Sobretudo, el Chile del Sur y austral. Es el país que ahora en la poesía buscada del río de la nostalgia, aún en Veracruz: el país que le basta para ser feliz: "Hoy quiero ser feliz".

Oscar Castro, no es la excepción. ¿Cómo le brota en cada verso, en cada renglón, en medio de la trama de la novela o del cuento, el embudo que produce en su alma el paisaje del Chile Central? El poeta es un experto conocedor de plantas, insectos, aves y bestias que pueblan el valle y la montaña. Como los cerros, los alba. Como los ama, les va dando un lugar en la narración o en la cadencia silenciosa del verso. Graciosa elegancia de un artífice, magistral capacidad para trenzar los motivos fínicos, las perspectivas de un cuento o el nudo de la novela aprovechando la belleza de un paisaje que se nos aparece ante la imaginación con la viveza de la luz mediana. Hay una ingeniosa sencillez, es una sonata de arrebatadores compases.

"Y al fondo del huerto verde y profundo, alcanzan las azucenas sus copas esbeltas de fragancia. Revuelven mariposas amarillas, furiosas. Torronil y cedrón, ruda y malva, romero y albahaca. Todo un mosaico de aromas que flotan, formando colinas". (Comarca del Juncal, Ed. del Pacífico, 1974).

A menudo, el paisaje apenas se esboza se le circunscribe a personajes o circunstancias. El poeta lo hace con gracia espontánea, casi imperceptible, como en "Na Ruperta": "En la alta estada su nombre. Las estrellas lo cantaban. Lo escribían los vientos con su alfabeto de cruces amarillas en los campos abedules". (Huallas en la Tierra).

Otras veces es la descripción detallada, sensual, de detalles y estatuas con paisajes que le deben haber llenado el alma. Ocurre en el cuento "Tierra Ajena" y cuba al protagonista del agrado que late en su interior:

"Siente un placer caudal y hondo en abrir las represas del canal, para que el agua, cantando, estienda su amorosa lengua por sobre los terrenos resacas, mira con no sé qué íntimo gozo el territorio de la estrella primera en los espejos fríos que hay diseminados entre el pasto". (Obras completas). La noche, las estrellas, los pájaros, los grillos, la malva y el romero, cambados hasta la saciedad, pero sin causar hastío, aparecen en sus poemas y en sus cuentos. En "El último", cuento en que narra el trabajo de un fabricante de carbón vegetal, nos entrega este nocturno: "Arriba está la noche fulgurante de estrellas, cada una con su nombre inmemorial, cada una con su luz distinta. También, en torno está la noche poblada de silbidos estridentes hacia los matorrales, ametrallándose, girando en la garganta de un pájaro, chismando en el pico abierto de alguna lechuza. La noche azul y negra, rayada por estrellas fínticas, amarga de presagios, madrosa y cálida. Allora soledosa, cerrada por una leve de pavor para las gentes que viven abajo". (Historias en la Tierra).

Asombra el conocimiento que Oscar Castro tiene del Valle Central y de los miles escondidos rincones precondiciones. Con una soltura, propia del experto, va designando nombres de una topografía que apenas si figura en los

mapas. En su novela "Llanto de Sangre", hace gala de su pericia de conocedor de los lugares más caprichosamente disminuidos en la dispersada geografía nuestra. Fluyen rápidos, aquí y allá los nombres que vienen como a corroborar aquello que se narra: Ahuá, Talami, Chanoán, Puntilla del Chivato, Carén, Huatanga, Chingachuan. Imperio es en la poesía donde Oscar se solaza y nos solaza con elementos que inmersos en el paisaje dan vida y forma a sus estrofas centinarias. Los elementos se dan ya en lo singular como en lo colectivo. Abundan estrofas y luceros, pájaros y ríos, ríos y aguas, trigo, gavilla y espiga, maíz y mazorca, vides, palmones y vino, campos, valles y potreros, vacas y bueyes, caballos, potrancas y yeguas, ovejas y cabras, linos, rosas malvas, romeros, alamos y sauces, grillos, abejas y cigarras. El lo admite:

*"La tarde pura de mi verso
tiene gavillas y garcinos,
porque así miran con más ojos
los que sembraron y sembraron".*
(Mar de Cielo)

En este mismo poema (Hualla del Canto), anuncia con sencilla alegría, en la casi melancólica melodía del romance, que lo desvela su semestral de arena, que conoce el grillo jubilo del campo de trigo recién segado, del viento sur que relincha poblando la noche de caballos.

Quizás en pocos poemas se trace con pluma más ágil y dulce, con colores tan puros nuestro paisaje, como en la "Pequeña Elegía". Bastan pocas palabras: "por el valle claro...". Es la introducción para retratar al campesino muerto. Luego:

*"Por el valle
se despiden
árboles y alfalfa
de verde mirar.
Agua del estero
dará un cantar
por el campesino
que nunca vio el mar".*

Oscar Castro es un hombre de tierras adentro. Qué bien camina por el valle claro, con cardos, trigos, tréboles, zapallos que ofrecen sus copas comocacas de oro. Frente al mar, el poeta se nos desconcierta. Su poesía oírse ca no es, ni con mucho, la más feliz. Si Neruda entrase con el mar chileno, si es capaz de cantarle sus más encendidas oas y arrobos ante las rocas de los arrecifes de bahías por las olas furiosas, Oscar Castro no logra sacarse a ese gigante líquido sino algunos versos que nos hacen dudar recordando, Tierra adentro, en la montaña o en el valle, el viento brota como un manantial, como una vertiente de fresca y clara agua. Costumbre de los poetas laureados entienda ser el autor de "Invitación al Valle en que Vivo" o del "Sermón de los Ingales". Verdaderas joyas de la poesía, himnos perennes a la belleza del paisaje de Chile Central.

En pocos paisajes de la obra de nuestro poeta se anuncia en forma tan palácica, primero, y tan pública después, la presencia del paisaje chileno con el sufrimiento y dolor del hombre como en el cuento "El Conjurado". Hay allí un adelanto misterioso de aquellos versos que ahora entran en la tumba de Oscar Castro:

*"Tierra mía, en tierra con olor a verdinas,
sabor del fruto dulce y del agua que bebo,
el día en que te entraba me acogía y tú me absorbías
te habrás devuelto solo todo lo que te debo".*

Pero mucho antes de morir, pagó el poeta su deuda a la tierra. Tierra de la que todos venimos y la que todos volvemos. Le pagó con su cuerpo. Su fealdad, si es como el Dios Pan de nuestro valle, sigue resonando, acompañada con los rabeles chiflones de los grillos.

Mario Noceti Zúñiga

Oscar Castro, el poeta enamorado de su tierra [artículo] Mario Noceti Zerega.

Libros y documentos

AUTORÍA

Noceti Zerega, Mario

FECHA DE PUBLICACIÓN

1996

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Oscar Castro, el poeta enamorado de su tierra [artículo] Mario Noceti Zerega.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile